

“Cómo sucedieron estas cosas”. Representar masacres y genocidios

BURUCÚA, JOSÉ EMILIO Y KWIATKOWSKI, NICOLÁS (2014).
Buenos Aires, Katz, 297 páginas



Paula Scheinkopf

Universidad de Buenos Aires

“Cómo sucedieron estas cosas” es el tercer trabajo en coautoría que realizan José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski¹. Este extraordinario libro presenta un original abordaje para pensar el problema de la representación de las grandes matanzas humanas que han tenido lugar a lo largo de la historia. Es una obra fundamental que propone una mirada renovadora a los debates recientes en torno a esta cuestión.

Con un estilo dinámico pero sin perder la rigurosidad conceptual, este texto estudia los modos de expresar, simbolizar, narrar y recordar hechos históricos extremos desde la antigüedad hasta nuestros días. “Y permitidme que cuente al mundo que aún no lo sabe/cómo sucedieron estas cosas, para que sepáis/ de actos carnales, sangrientos, antinaturales...”, rezan las primeras palabras de la cita de *Hamlet* con la que comienza este libro, y que hacen referencia al título. Así, anunciada ya en el epígrafe, la apuesta de este trabajo consiste en profundizar, a partir de las representaciones de los actos bárbaros, la comprensión de cómo sucedieron tales acontecimientos.

Los autores proponen que las diferentes expresiones de las masacres –las ocurridas en el mundo antiguo, las guerras santas, la colonización en América y los genocidios del siglo XX entre otros ejemplos-, pueden constituir una pista para alcanzar un conocimiento sobre los hechos. En este sentido, los modos de representación no son examinados solamente desde su función estética sino también epistemológica. Estas formas de expresión operan, pues, como una vía de acceso para indagar acerca de esos hechos y las relaciones de poder que habilitan los intentos de exterminio y aniquilación de seres humanos.

Burucúa y Kwiatkowski remueven las heridas abiertas de la historia no sin antes reconocer las dificultades que esto conlleva. En la introducción hacen mención al menos de tres problemas: el primero referido a la definición de los conceptos, el segundo a la

comparación de sucesos únicos e irrepetibles y el tercero a la cuestión de los límites de la representación.

Con respecto al primero, explican que, a diferencia de otros hechos históricos, las representaciones y narraciones de los traumas colectivos presentan un desafío mayor a la hora de ser conceptualizados. Precisamente, por su radicalidad, aquellos sucesos ponen en cuestión las categorías de conceptualización. Lejos de esquivarlas, esta investigación asume las derivas y tensiones interpretativas, y se esfuerza desde el comienzo y hasta el final en definir técnicamente las nociones claves de su pesquisa².

Por otra parte, este estudio articula un análisis comparativo de las catástrofes humanas. Para evitar los riesgos de caer en anacronismos y de asimilar a todas las masacres en un mismo status de igualdad, busca analizar las representaciones desde su propio contexto y no desde el presente. Según sus autores, lo que en definitiva pretende este libro es “echar luz sobre por qué surgieron, prosperaron, declinaron y, en ciertos casos, volvieron a emerger algunas maneras de representar fenómenos de violencia colectiva radical”.

El tercer problema teórico que enfrenta este escrito es el de los límites de la representación. Los hechos extremos ponen a prueba los marcos éticos y estéticos vigentes y, en este sentido, plantean un límite sobre lo que puede o no decirse y lo que puede o no mostrarse. En este punto, el genocidio perpetrado por los nazis ha movilitado un acalorado debate, impulsado primeramente por Saul Friedlander y reavivado años más tarde por George Didi-Huberman, donde aparecen dos posiciones predominantes: la de quienes defiende la representabilidad del Holocausto y la de aquellos que afirman la imposibilidad de representar el horror.

Los autores del libro se inclinan a favor de la primera posición. Crean no sólo que se pueden representar

¹ En el año 2011, realizaron otros dos trabajos publicados por la misma editorial: Estudio introductorio y traducción de *Principios de la caricatura de Francis Grose*, y *Cuadernos de arte, literatura y ciencia de Leonardo da Vinci*.

² Al final del libro, el Apéndice I incluye vocabulario específico sobre algunos términos como *masacre histórica*, *genocidio* o *víctima* que sirven de guía al lector. También son un apoyo visual las imágenes y partituras que se encuentran después de la bibliografía.

las masacres, sino que además es necesario hacerlo para poder testimoniar y salvar del olvido la barbarie. Sin embargo, no es este el punto donde van a centrar su atención. En base a una idea propuesta por Rancière, tratan de ir más allá de esta discusión para pensar en el *cómo*. De acuerdo con su planteo, “el problema no es saber si se puede o no se puede representar, sino qué se quiere representar y qué modo de representación se elige para este fin”.

El objetivo de esta obra consiste, pues, en esclarecer cuáles son las formas que se han utilizado para representar las atrocidades más extremas. Teniendo en cuenta la influencia de la filosofía warburgiana, evidenciada en la adhesión a su teoría del *Denkraum* y al concepto de *Pathosformeln*³, los autores proponen analizar dichas formas a partir de lo que denominan “fórmulas de representación”.

A la hora de buscar representar los genocidios y las matanzas humanas, y ante la dificultad que estos hechos suponen, quienes intentaron narrar, mostrar o expresar lo sucedido tomaron como referencia tres fórmulas que tienen un largo recorrido en la historia de las representaciones: la fórmula cinegética, la del martirio y la infernal.

El capítulo 2 trata sobre la primera de ellas. En él se explica cómo la fórmula de la cacería sirvió para representar las masacres humanas. La guerra era entendida como una caza, y los enemigos eran animalizados. De acuerdo con el hilo histórico que sigue el texto, se estima que mientras las representaciones clásicas señalan solamente a las presas o víctimas como animales, en la modernidad temprana la perspectiva cambia. Así, la metáfora de la cacería deja de pertenecer exclusivamente a las víctimas, animalizadas por sus victimarios, y comienza a ser utilizada para señalar la bestialidad de los perpetradores-cazadores.

El capítulo siguiente hace referencia a la fórmula del martirio. La idea de mártir viene cargada desde sus orígenes de un sentido religioso. El mártir o testigo de Cristo es el que acepta la muerte a costa de defender las verdades de la religión. Si bien conserva cierta matriz religiosa cristiana, la fórmula martiriológica se extendió también a las víctimas de la conquista de América, la rebelión irlandesa, la Guerra de los Treinta años y los genocidios del siglo XX. La característica que particularmente diferencia a esta fórmula de las demás es su utilización unilateral: las figuras del martirio no han oscilado entre víctimas

y perpetradores, sino que han sido utilizadas pura y exclusivamente por las víctimas y sus defensores.

La tercera fórmula analizada en el libro es la infernal. La metáfora del infierno se ha ido modificando a lo largo de los siglos y materializado en distintas figuras como el demonio, el diablo o Satanás. Esta fórmula comparte con la cinegética el sentido ambivalente de representación. Con ella, los perpetradores han ubicado a los muertos en el lugar de los condenados, pero también las víctimas inocentes han llegado a describir su experiencia como un verdadero infierno.

Con todo, según explica el texto, las fórmulas cinegética, martiriológica e infernal no son suficientes para dar cuenta de las catástrofes históricas más recientes. Aunque estas fórmulas siguen funcionando en el horizonte representacional de los genocidios contemporáneos, también se han buscado y creado nuevas formas de representación. La más sobresaliente entre ellas es la figura del *Doppelgänger*, desarrollada en el capítulo 5.

Quizás uno de los más valiosos aportes de “*Cómo sucedieron estas cosas*” sea justamente este capítulo. Allí, Burucúa y Kwiatkowski encuentran que existe una nueva fórmula, asociada a la idea del doble. Las muertes y desapariciones metaforizadas en siluetas -como sucedió en la experiencia argentina del *Siluetazo*-, el uso de máscaras, las alusiones a los vacíos por medio de sombras y fantasmas, comprenden una nueva simbología vinculada con la réplica y la duplicación.

Definido como una especie de doble fantasmagórico a partir de una novela de Jean-Paul Richter, la multiplicación del *Doppelgänger* es la fórmula de representación por excelencia de las masacres contemporáneas. El deseo por que aparezcan los ausentes, los muertos, los desaparecidos y el intento de restituir los fragmentos de la memoria quebrada, ha inspirado un uso cada vez más expandido de esta fórmula de la duplicidad.

Resta decir acerca de esta obra que, bajo la premisa de que los intentos por representar las masacres nunca han cesado en la historia, los investigadores realizan un trabajo profundo y exhaustivo con el objeto de entender nuestras metáforas y nuestros silencios, las imágenes mostradas y los relatos ausentes de las tragedias humanas. La búsqueda de ninguna manera es concluyente. Con la inclusión de la coda y un segundo apéndice sobre representaciones musicales de las masacres en el siglo XX, el final del libro parece desembocar en un mar abierto para futuras posibles investigaciones.

³ Para un análisis más detallado de estos conceptos, véase de José Emilio Burucúa (2003), *Historia, arte, cultura. De Aby Warburg a Carlo Ginzburg*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires; e (2006) *Historia y ambivalencia. Ensayos sobre arte*, Biliblos, Buenos Aires.